

En definitiva, prestando atención a las muy diversas formas de encuentro de los autores clásicos, cristianos, medievales y renacentistas, el lector, a partir de la lectura del libro, se siente activo participante en la historia de la transmisión de los textos, de las ideas y de las principales figuras de la literatura occidental hasta el siglo XV.

Israel VILLALBA DE LA GÜIDA
Universidad Complutense de Madrid

María Jesús FUENTE, *La primera universidad hispana. El Estudio General de Palencia*, Palencia, Cálamo, 2012, 302 pp.

Cualquier estudiante universitario debiera conocer cuál es el origen de la institución cultural a la que pertenece. Desde luego, más si ese estudiante es de Historia. De paso, y colateralmente (la historia tiene estas cosas), el estudio de la universidad medieval, su implantación y extensión... recuerda, *mutatis mutandis*, al de la actual, cuando al calor de diversas burbujas, inmobiliaria incluida, prácticamente cada ciudad se hizo con su *cuota* de universidad, profesorado, alumnado, servicios y, claro, campus con sus correspondientes edificios, esquema hoy en crisis, como casi todo. Como bien sabían en los siglos XII y XIII, no se podía colocar un *studium generale* en cualquier población, y era necesaria una serie de requisitos para que se asentara en una u otra, pero desde luego no en todas. La historia que cuenta los avatares de «la primera universidad hispana», Palencia, que no rebasa los cien años de duración, es este libro que aquí se reseña.

Esta obra, investigación de María Jesús Fuente, muestra las virtualidades de la Historia Local bien aplicada, y cómo a través de ella se puede acceder a cuestiones generales que iluminan un contexto temporal y geográfico que la trasciende. Se distribuye en siete capítulos, más Introducción y Epílogo, estas dos secciones valiéndose del «huerto» como metáfora, la misma que acuñara el papa Urbano IV para referirse a la institución palentina. Los apartados abordan de manera cronológica y tradicional los precedentes, desarrollo y decadencia del Estudio General palentino (capítulos 1, 2, 6 y 7), así como la comunidad universitaria (escolares y maestros, capítulos 3 y 4) y el currículo pedagógico y metodología de enseñanza (capítulo 5). La profesora de Historia Medieval en la Universidad Carlos III, debe recordarse, es una de las mejores conocedoras actuales de la Palencia medieval. Hace una década, en esta misma editorial, había publicado *Mujeres palentinas en la Historia* (2002), y bastante antes se habían editado *Palencia: cien años de vida y gobierno de la ciudad a través de las actas municipales (1421-1541)*, Palencia, 1987 y *La ciudad de Palencia en el siglo XV. Aportación al estudio de las ciudades castellananas en la Baja Edad Media*, Madrid, 1989.

A partir de estas trazas y experiencias, rasalto que uno de los mayores aciertos es el tono en que está escrito. Sin prescindir en ningún momento del rigor académico, la prosa fluye de forma amable, conecta unos temas con otros y atrae, y ello entrelazando fuentes documentales de muy diversa naturaleza y procedencias. A esta claridad quizá contribuye también el criterio editorial de relegar las notas al pie a las últimas

páginas. Dichas notas se reducen a los títulos necesarios, sin dedicar mucho texto erudito a ese apartado. Esta circunstancia, que tan difícil nos lo pone a quienes frecuentemente buscamos un dato en esa literatura marginal, han de agradecerla los lectores que sólo persiguen un entendimiento cabal del tema que están leyendo, más allá de ulteriores profundidades. Cada apartado principia con una cita de época (textos de los papas Urbano IV, Honorio III, Alfonso X, el obispo de Zamora, Philippus de Grevia, Libros de *Alexandre y Apolonio*, *Verbiginale* y John of Garland). La intención didáctica que preside toda la obra se adorna a veces con ciertos énfasis o excursos que a los más entendidos quizá sobren (pp.74, 89), y con la acertada decisión de traducir todos los textos latinos citados.

Uno de los problemas a la hora de abordar la investigación del Estudio General de Palencia es la poca documentación conservada, lamento justamente repetido y extensible a la mayor parte de las universidades operativas ya en el siglo XIII, que la autora resuelve acertadamente con el recurso comparatista entre ellas mismas. Y junto al comparatismo, la especificidad local, abordada mediante la erudición. Al analizar por qué Palencia es la ciudad elegida para implantarlo, la autora contrapone distintas razones aducidas por la bibliografía (centralidad geográfica, fama de su escuela episcopal, riqueza de la diócesis), quizá cada una de ellas no suficiente de por sí, como rebate Fuente, decantándose la autora por la enorme influencia de la cátedra palentina (la que más beneficiados tuvo en Castilla, hasta ochenta en 1223), además de una excelente relación con la reina Urraca primero y Alfonso VIII después (pp.43-44), esplendor que cristalizará en la figura del obispo don Tello, que cubre casi toda la primera mitad de ese brillante siglo XIII palentino, la edad de oro universitaria. Obviamente, el auge urbano y cultural propio de la época junto a las prescripciones conciliares contribuyeron a la creación de la institución académica que, sin embargo, en el caso palentino (contrariamente al ilerdense, que nace en 1300) no tiene vínculo con el concejo. Pero a desmentir entuertos dedica la profesora varias páginas, principalmente el de la pretendida fundación universitaria por el rey Alfonso VIII, extendido propagandísticamente por los cronistas desde la propia Edad Media, y repetido hasta hoy. El análisis crítico de las fuentes, desde luego, se impone, aunque esta hermenéutica de la sospecha no tenga solo, como se afirma (p.72), una década de antigüedad. Con mil y un argumentos se rechaza el aserto de la fundación por el rey de las Navas, concluyendo que el Estudio palentino surgió espontáneamente (como París, Bolonia y Oxford) y luego algún personaje o institución lo reforzó, como el mentado obispo don Tello. Fue la Iglesia (obispos y papas), pues, quienes conformaron el Estudio (p.95). Una discusión similar tiene lugar con respecto a las numerosas fechas fundacionales propuestas. Sabido, y la profesora lo documenta para otras universidades, que las fundaciones míticas o ficticias estuvieron a la orden del día, sin excluir acciones de propaganda, que podríamos denominar bajo el rótulo de política y conmemoración, como en el caso boloñés (pp.86.246). En el caso que la ocupa, antes de 1220 no puede documentarse tal *Studium generale*. A lo sumo, existiría uno particular. Parecidas controversias aparecen a la hora de explicar el fin de la institución. La profesora Fuente da cuenta de los diversos motivos aducidos, y refuta, quizá de manera poco lineal, los económicos tomados como principal causa (pp.211-216) u otros más anecdóticos.

A estos estudiantes les movía el deseo de promoción social, básicamente. Aquí radica quizá una de las características más importantes de lo que es, ya desde sus vagidos, el sistema universitario: una cantera para proveer de cuadros a la incipiente administración, laica o religiosa, escribanías, notarías, beneficios eclesiásticos (pp.109-112). No era simplemente un amor al saber o un deseo de preservar la ciencia legada por los antiguos, objetivo más perseguido en las escuelas monacales. No vendría de más recordar de vez en cuando este punto. Sobre las fuentes para conocer la vida de estos estudiantes no se han conservado cartas, pero sí un *Ars Dictandi* de los primeros tiempos fundacionales, o al menos de principios de la década de 1220, cuando en la península ibérica Palencia no tenía competidores. Los alumnos solían ser clérigos, «becados» por algún beneficio. El más famoso de los que pasó por las aulas palentinas, de confirmarse, sería Gonzalo de Berceo, dato en el que se insiste en diversos pasajes del libro (pp.105-107). Se explica el *cursus honorum* universitario con su sistema de titulaciones (bachiller, maestro, licenciado, doctor) y las materias que habían de cursar (*triuium*, *quadriuum*), así como los años de aprendizaje que había que invertir. Adecuadamente, se resalta la homonimia con las titulaciones actuales (notas 38 y 40, p.271). No faltan, claro, descripciones de vida disipada, todo un clásico cuando de estudiantes se trata, con citas jugosas que parecen salidas de la pluma de Felipe el Canciller, como la de Diego García Campos en su obra *Planeta* (p.121).

Por la parte del profesorado (con varios nombres extranjeros en Palencia) destaca el magisterio de Ugolino de Sesso, que se refiere a Palencia en sus escritos, aunque no se haya conservado registro documental. Queda confusa la referencia, pues quizá fue, por cronología, docente en la escuela catedralicia, antes de la creación del Estudio. Fuente especula también con la posible conexión catalana a través del magisterio de Pedro de Cardona, apoyándose en diversas citas de los dos principales libros conservados debidos al Estudio palentino, y al hecho de que se han conservado en Cataluña: *Verbiginale* (ca.1215-1220, una gramática en verso) y *Ars Dictandi* (ca.1222, para aprender a redactar cartas), es decir, opúsculos de Gramática y Retórica respectivamente. Lo cierto es que solo hay constancia escrita de la presencia de profesores de Teología, Lógica, Decretos, y un *auctorista*, que con procedimientos escolásticos (*lectio, quaestio, disputatio*) impartieron su docencia. No había maestro de Leyes, los mejor remunerados en otras universidades, y en este punto, como señala acertadamente la autora, quizá esté la causa real de la corta vida del Estudio palentino, que se centró más en las ciencias del *Triuium* y en la Teología, desdeñando el Derecho Civil y la Medicina (p.231), cabezas de lanza de las nuevas preocupaciones de un mundo que abría un inédito horizonte, al que no se abrió Palencia, con la recepción de Aristóteles y la filosofía natural: «el rey necesitaba juristas, no teólogos» (p.236), y los primeros no pudieron graduarse en Palencia. La obcecación en la enseñanza a la antigua usanza (y no factores externos) le haría languidecer y desaparecer en momento menos precisado que su incierto origen, quizá en torno a 1300, en que continuaría su actividad como Escuela de Gramática catedralicia. Los intentos de reinstaurarlo, en el siglo XVI, fueron vanos (p.247).

En medio del relato cronológico y temático, brillan las atinadas reflexiones sobre el *Libro de Alexandre* (ca.1182-1250), que se presenta como producto del Estudio de

Palencia, indagando sobre el modelo de Alejandro, Aristóteles y el contexto cultural que lo produce (pp.82-83). Su anónimo autor describe el funcionamiento de los *studia generalia* a principios del siglo XIII, cuando solo este existía en la península ibérica, por más que se parece incurrir en contradicción cuando se cita la misma fuente para demostrar la importancia de los estudios de Medicina, que conocía el autor de este texto del *mester de clerecía*, que no se enseñaron en la ciudad castellana (p.179), como ya se dijo. Es quizá el apartado más punzante de esta obra, por cuanto que conecta el tema local que se trata con una de las creaciones culturales más importantes de esta época plenomedieval hispana, como ya intuyera hace un siglo Menéndez Pelayo y, con discrepancias, apoya mayoritariamente la crítica actual. La traducción a los idiomas vernáculos de obras «clásicas» como ejercicio escolar y el uso de *exempla* eran parte de la labor pedagógica, magisterio que se demostraba rimando bien los versos. También el *Libro de Apolonio* (ca.1230-1250), según Fuente, parece vinculado a este Estudio, aunque en este caso, en apenas un párrafo se resuelve la cuestión sin demasiados argumentos probatorios (p.205), así como la incierta filiación cultural de Berceo con la institución impulsada por el obispo don Tello. Sobre el impacto del Estudio en el paso del latín al romance, tomado este como elemento identitario castellano se reflexiona en el Epílogo. Un siempre útil Índice onomástico cierra esta obra.

Hora era de que tuviéramos un relato actualizado, académico y preciso del Estudio General palentino (el anterior databa de 1942), a la hora de saber más de estas primeras «universidades», en tan mentadas tríadas: Palencia, Salamanca y Lérida, aquende los Pirineos, y allende Bolonia, Oxford y París. Se oye mucho de ellas, pero se lee (se escribe) poco. Oír y leer, dos verbos fundamentales en la práctica pedagógica medieval (p.95), que se complementan con este libro, por fin escrito.

Josemi LORENZO ARRIBAS
Universidad Complutense de Madrid

José Pablo BARRAGÁN NIETO, *El De secretis mulierum atribuido a Alberto Magno. Estudio, edición crítica y traducción*, Oporto, Fédération Internationale des Instituts d'Études Médiévales (Coll. Textes et études du Moyen Âge 63), 2012, 600 pp.

Desde los comienzos de la Baja Edad Media y hasta el siglo XVII circularon por Europa una enorme cantidad de libros, pertenecientes a cierto tipo de literatura popular y semiculta, que prometían revelar a sus lectores los misterios de la naturaleza y de las artes. Estos 'libros de secretos' constituyen un tipo muy particular de literatura técnica, situado a medio camino entre los recetarios y los textos herméticos, y abierto a gran cantidad de temáticas, desde la fisiognomía hasta la magia, aunque las más extendidas fueron la alquimia y la medicina. Este género fue decayendo progresivamente a lo largo de los siglos XVIII y XIX pero sus huellas se rastrean incluso hasta bien entrado el siglo XX. En este volumen se presenta la primera edición crítica del *De secretis mulierum*, un tratado bajomedieval de origen alemán que se inserta dentro de esa tradición de los libros de secretos y que constituye el primer repre-